

Paramount
Films

LA NOVELA
PARAMOUNT

GILDA
GRAY

Percy Marmont

ALOMA
DEL
MAR



25
TS

TOURNEUR, Jacques



LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas
de la marca

Núm.
10

PARAMOUNT

25
Cts.

EDICIONES BISTAGNE

LAYETANA, 12

BARCELONA

ALOMA DEL MAR

(ALOMA OF THE SOUTH SEAS, 1926)

Sentimental asunto, alternado
con maravillosos paisajes de las
islas del Sur, interpretado por

Gilda Gray, Julianne Johnston,
Percy Marmont, Warner Baxter,
William Powell, etc.

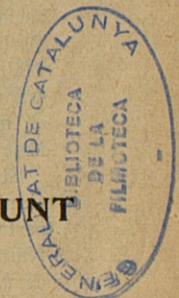
Es una Producción PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE

Paramount Films, S. A.



J. HORTA, impresor-Barcelona



Aloma del mar

Argumento de la película

Entre los arrecifes de coral del Pacífico, surgía la Isla del Paraíso, tan hermosa como su mismo nombre.

Una vez al mes, los vapores que de San Francisco de California se dirigían a la Australia y al Japón, hacían escala en la Isla, y en ese día, el café "La Perla Azul", se veía invadido de gente.

Uno de los atractivos mayores de "La Perla Azul" era una hermosa bailarina a quien los isleños daban el nombre de Aloma, que quiere decir "Hija del Mar y de la Selva".

El indígena Nuitane amaba a Aloma y sufrió en extremo al ver las admiraciones que la muchacha despertaba entre los hombres blancos... Más de una vez, Nuitane, celoso, había invitado a algún pretendiente de Aloma a dar un paseo en su canoa por la laguna de los tiburones, y volvía solo, diciendo que las fieras marinas se habían tragado a su compañero. En realidad, todos sospechaban que Nuitane se había vendido de un posible rival.

Cierta noche, el correo mensual llegó lleno de pasajeros que desembarcaron en la isla, admirando a los indígenas de piel de color, a las muchachas de tez

de bronce que les recibían obsequiándolos con grandes coronas de rosas, a estilo del país.

Los hombres blancos no se limitaban a agradecer con un cumplido el cariñoso homenaje de las mujeres. Los había que querían corresponder con besos y otros créditos de índole más usuraria.

Aloma debía bailar por la tarde en el café.

—Si me traes en seguida a tu nieta Aloma — dijo el dueño del café al abuelo de la muchacha, un vejete siempre borracho —, te daré una botella de whisky...

El abuelo marchó a la playa en busca de la joven.

Aloma se encontraba hablando con Nuitane, quien le decía enseñándole una perla de fino valor:

—Toda la mañana me la he pasado buceando en la laguna de los tiburones... para traerte esta perla...

—No hay duda que eres valiente, Nuitane. Nadie se atrevería a zambullirse como tú lo haces...

—Lo hago para poder pescar las perlas que me faltan para casarme contigo.

—Cuando me case no será por perlas, ni por nada más que amor — respondió suavemente la muchacha.

La llegada del viejo cortó la conversación y Aloma marchó hacia "La Perla Azul".

Nuitane quedó rondando por la isla y vió un espectáculo que le produjo indignación. Unos blancos querían abrazar a la fuerza a unas pobres muchachas indígenas. Uno de ellos, de barba roja y puntaiguda, era el más tierno en sus demostraciones.

Nuitane acudió, separando a las muchachas de sus perseguidores. ¡Siempre lo mismo! ¡Aquellas peleas parecían interminables!

—Las muchachas isleñas no son para los hombres blancos — dijo severamente.

Los otros se excusaron, y Nuitane, con un gesto

de desprecio, continuó su camino... Apoyóse en un árbol y volvió a mirar al trasluz, la perla arrancada del mar, admirando su contorno iluminado.

Dos hombres blancos, en cuyos ojos brillaba la codicia, se acercaron, rogándole que les mostrase la



—Las muchachas isleñas no son para los hombres blancos.

perla. El se la enseñó burlón, adivinando los malos pensamientos de los americanos....

—Cada día aborrezco más a los blancos — se dijo—. Antes que ellos vinieran, las jóvenes de la isla eran felices, bailaban y no corrían peligro. Y ahora...

Los dos sujetos, viendo el gesto duro y severo del indígena, que era un mozo atlético y fuerte, le devolvieron la perla. Nuitane, con una sonrisa de burla, les propuso:

—Hoy volveré a buscar en la laguna. ¿Queréis ir allá conmigo a ver si traemos perlas?

El deseo de ambición les hizo sonreir y aceptaron de buen grado. Y los tres, el indígena en medio, marcharon hacia la laguna...

Subieron a una barca en la laguna de los tiburones. El agua era tan clara y transparente que dejaba ver hasta su fondo. Los dos hombres blancos observaron de pronto, llenos de terror, a unos tiburones que parecían acecharles, removiéndose alrededor de la canoa...

Una sonrisa trágica iluminó el rostro del indígena.

—A los tiburones no les gusta la carne de color — dijo—. Prefieren la carne blanca...

Los blancos temblaron. Nuitane quitó un tapón del fondo de la barca y ésta se llenó rápidamente de agua, hundiéndose en pocos instantes. Los dos hombres tuvieron una expresión de terror, se sintieron tirados hacia abajo por unas fauces frías y devoradoras.

Nuitane volvió a la orilla. ¡Dos blancos menos! En su rudimentaria inteligencia le parecía que acababa de hacer una gran obra: libraba a la isla de dos de aquellos hombres que maltrataban a las muchachas.

Entretanto, en el café "La Perla Azul", se aglomeraban los pasajeros del barco, ávidos de presenciar los espectáculos indígenas...

Aloma bailó, trenzando maravillosamente su carne morena, tostada por el sol. Su baile tenía el ritmo epiléptico puesto de moda en los centros elegantes de la sociedad civilizada...

Entre los que presenciaban la fiesta, estaba Roberto Holden, que era uno de los pocos blancos que habían "hecho escala" en la isla de un modo per-

manente y se habían mantenido alejados de los turistas y de los isleños.

Este hombre serio y grave, mostrábbase algunas veces demasiado aficionado al vino, con el que trataba de ahogar sus penas.

El baile de Aloma excitó los furiosos instintos de uno de los blancos. Acercóse a la muchacha, la enlazó por el talle, y quiso besarla en la boca, mientras los demás pasajeros reían satisfechos de la audaz hazaña.

Las gentes del país estaban acostumbradas a tales atropellos y no protestaron. Pero Roberto, al ver aquello, se indignó y, levantándose, descargó una serie de fuertes puñetazos contra el desaprensivo sujeto, hasta tenderlo en el suelo. El altercado y la actitud de aquel hombre produjeron unos minutos de pánico, y los pasajeros abandonaron precipitadamente el café, dirigiéndose de nuevo a su buque...

El dueño de "La Perla Azul" estaba exaltado. ¡Haber alterado la tranquilidad de la casa, ahuyentando la parroquia! ¡Aquel sujeto, Roberto, debería estar loco!

Aloma agradeció, sonriente, a Roberto su cariñosa solicitud.

—Tú has sido el único hombre blanco que ha defendido a Aloma — dijo.

El dijo, taciturno, casi brutal:

—No me lo agradezcas... Sé que te gustan los besos, pero aquel hombre era repulsivo y no le querías. ¡Bah, al final, salvajes o civilizadas, todas sois iguales!

Pero Aloma protestó contra la actitud insultante de su defensor.

—Yo sólo doy besos a los hombres que amo.

—Lo malo de ti es que amas a muchos hombres.

—No es verdad — dijo ella, llorando — que Alo-

ma ame a muchos hombres, aunque no son pocos los que solicitaban su amor...

Lloró tan commovida, con tal acento de sinceridad, que Roberto pensó que se había equivocado.

—Perdóname — le dijo — Yo me imaginaba que tenías del amor el mismo concepto que la mayoría de las mujeres...

—El día que yo prometa mi amor a un hombre, le amaré aunque se sequen todas las aguas de la laguna — respondió Aloma, mirándole cariñosamente.

Roberto se alejó de ella, mientras el dueño del establecimiento le amenazaba con tomar represalias. ¡Ah, estúpido solitario! ¡Iría a quejarse contra él!

Aloma quedó mirándole, viendo desaparecer poco a poco su figura triste, de hombre amargado por algún gran dolor. Y sintió por ese blanco una sensación de inquietud, de interés, desconocidos...

*
**

Era Andrés Taylor, propietario de la mayor parte de las plantaciones de cocos de la isla y único amigo de Roberto.

Al día siguiente, Taylor se presentó al gobernador de la isla para interceder por su amigo que había sido acusado de perturbador...

—El tuvo la culpa de la pelea — dijo el gobernador —. Los turistas se marcharon y se arruinó el negocio del café.

—Lo hizo por defender a Aloma...

—En la isla sobran vagos y gente de su calaña. Voy a deportarle antes que vuelva a dar otro escándalo.

Taylor intercedió por él, logrando que no expulsara a Roberto de la isla. Mas, para prevenir incidentes

semejantes en lo futuro, se acordó que el muchacho sería trasladado a una de las plantaciones de Taylor, situada en un extremo de la isla.

—Hay que ser generoso con él — dijo Taylor—. Quiero a Roberto Holden como si fuese hijo mío... Tenía que casarse con mi sobrina Silvia cuando estalló la gran guerra... Roberto fué de los primeros en ir a pelear a Francia... Voy a contarte a usted lo que sucedió, la causa de que ese hombre esté siempre tan triste...

Un joven llamado Van Templeton era íntimo amigo de Roberto desde hacía muchos años. Van no fué nunca a la guerra y se dedicó en aquel tiempo a cortejar a mi sobrina Silvia.

Seis meses después de su llegada a Francia, el Departamento de la Guerra anunciaba la muerte de Roberto en un combate.

Van Templeton logró persuadir, algún tiempo después, a Silvia a que se casase con él, asegurándola que este era el deseo de Roberto... Un día, poco tiempo después de su boda, yo me hallaba con ellos en San Francisco de California, cuando llegó Van y dijo a su mujer, muy emocionado:

—Se me ha presentado un asunto de negocios que requerirá mi presencia en Seattle por unos días. Prepárate a marchar, Silvia. Podremos alcanzar todavía el tren de las seis.

Ella se dirigió a su habitación y yo quedé con Van, extreñándome su actitud nerviosa.

—¿Qué te pasa, Van? — le pregunté—. Estás más nervioso que si hubieses visto un fantasma.

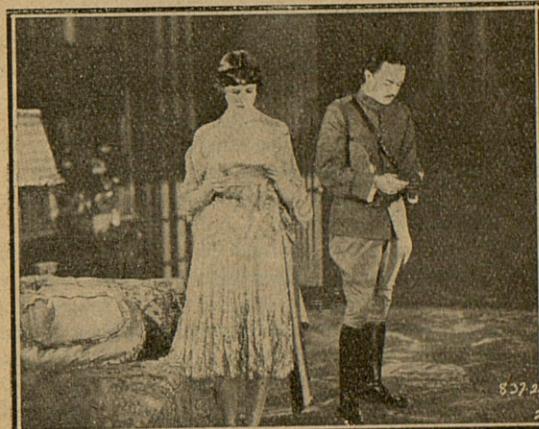
—Me parece que ví uno cuando iba a casa — me respondió.

Llamaron a la puerta y apareció ante nuestros ojos asombrados la figura de Roberto Holden.

—¿Tú aquí? — le pregunté yo, no dando crédito

a lo que veía, mientras Van, que ya anteriormente le había encontrado en la calle, le contemplaba con inquietud.

—Ya puede ver — me contestó Roberto—. Estuve demente a consecuencia de la explosión de un



Van no fué nunca a la guerra...

obús y prisionero en un hospital alemán, durante dos años.

—¡Y nosotros que te creímos desaparecido! — dijo Van.

—¡Es extraño! Tan pronto como recobré la memoria, mandé a la enfermera que te escribiese, Van...

Van calló, pero yo adiviné que pasaba por él un estremecimiento. Roberto continuó:

—Te escribí a ti en vez de hacerlo a Silvia, porque no quería que ella se enterase... Tenía miedo de

quedar inválido para toda la vida. Y, ¿dónde está Silvia?

“El antiguo soldado no había podido olvidar a mi sobrina. Van calló, atormentado por la duda.

“—Roberto, Silvia se ha casado... conmigo — le dijo Van

“—Ella? ¡Casada!

“El pobre muchacho cayó en un sillón, casi desvanecido, mirando con ojos de dolor al amigo que le había robado la novia. Van quiso justificar su conducta.

Roberto, tu carta no llegó nunca a nuestras manos... Sólo recibimos noticias de tu muerte...

“—No te recrimino — dijo él—. ¡Pero ella, Silvia, qué pronto me olvidó!...

“Yo adivinaba algo anormal en la actitud de Van. Este se opuso con un miedo extraño a que Silvia y Roberto se hablaran:

“—Es preciso, Roberto, ocultar tu regreso a Silvia. La pobre está muy delicada de salud desde que recibió la noticia de tu muerte...

“—Sí — dijo Roberto, tristemente—. Será mejor que no lo sepa nunca. Mejor para todos que yo continúe muerto...

“Y el pobre muchacho vino a ocultarse a esta isla donde yo tengo las plantaciones. Yo le acompañé, pero antes de partir, obligué a Van a confesar que había mentido... El sabía que Roberto vivía cuando se casó con Silvia, había recibido la carta de la enfermera. Pero, yo no se lo dije nunca a Roberto. Si lo hubiese sabido, habría sido capaz de matar a Van...

“He aquí la historia... Le ruego, pues, no le expulse usted de la isla del Paraíso. Es un hombre que quiere olvidar... un triste solitario”...

El gobernador pareció conmoverse ante aquella na-

rración y accedió a los deseos de Taylor. Pero no quería ver más a Roberto por el café de la isla ni sus alrededores... Que no se moviera de las plantaciones de Andrés Taylor.

Al día siguiente, Roberto Holden partió para las propiedades de su amigo. Se encontraba delicado de el alcohol que bebía continuamente con un deseo de salud, minado por los recuerdos del amor perdido, por olvidar.

Taylor había recibido un telegrama de San Francisco de California que decía:

*“Saldremos de San Francisco en el “Ventura”.
Llegaremos Isla del Paraíso dentro de tres semanas
Silvia”.*

No le agració a Taylor la idea de que Roberto y Silvia pudieran encontrarse frente a frente, temiendo que el antiguo amor rebrotara de modo alarmante, al verse ella vendida por la ingratitud y la traición. Procuraría que Roberto no se enterara de aquel viaje.

Roberto ocupó una casita en las plantaciones. Pero delicado, débil, necesitaba de los cuidados de una buena mujer que le atendiera con constancia. Taylor propuso a Tuala, una indígena, un alma buena y caritativa, que gustosa aceptó ir como enfermera del joven.

Pero cuando Aloma se enteró de que Tuala iría a la plantación a cuidar del señorito Roberto, un proyecto audaz se delineó en su imaginación. Le estaba tan agradecida al americano, que al verle enfermo quiso ir ella misma a cuidarle.

—Tuala — le dijo —, si tú rehusas ir a cuidar al señorito Roberto, todas estas cuentas serán tuyas...

Y le ofreció un collar de finas piedrecitas. Tuala

aceptó encantada el obsequio y Aloma emprendió el camino hacia las plantaciones, a la casa donde viviría en lo sucesivo Roberto.

Este se hallaba acompañado de Taylor, quien censuraba a su amigo su afición por la bebida.

—Basta de aguardiente, Roberto... De ahora en adelante beberás leche.

Llegó Aloma, quien dijo con una timidez dulce:

—La otra muchacha se ha puesto enferma... Aloma irá a cuidar al señorito Roberto.

Roberto agradeció con una sonrisa a la nueva enfermera que le brindaba la casualidad, y Taylor le aconsejó cuidara exquisitamente bien al muchacho.

El amigo salió, para dirigirse a una casa cercana, donde tenía su vivienda cuando estaba en las plantaciones, y Aloma y Roberto quedaron solos.

—Le disgusta a usted que haya venido a cuidarle?

—No, chiquilla... Pienso que no podrás hacerlo mucho tiempo... Cada día me siento morir un poquito más... Anda, tráeme una botella de vino...

—La leche es mucho mejor, señorito Roberto — dijo la mujer. Y le trajo un gran cazo de leche nítida y espumosa.

Sonriente, el americano bebió mientras ella le miraba con cariño humilde, dictado por el agradecimiento.

Allá, en la otra parte de la isla, Tuala habló con Nuitane, el rencoroso indígena:

—¡Vamos! ¡Qué loco eres! Han faltado otros dos blancos... ¡Y has sido tú que los embarcaste en tu canoa...!

—¡Mentira! — protestó Nuitane—. ¿Qué culpa tengo yo si una ola se tragó la canoa y si a los tiburones les gusta la carne blanca?

—No podrás exterminar a los blancos, Nuitane.

Ahora mismo, Aloma se ha marchado a cuidar al señorito Roberto...

Los celos alzaron sus llamas rojas en los ojos del hombre.

—Los tiburones están siempre hambrientos y no desperdician nunca la carne blanca — murmuró.

Y como imbuido de un espíritu vengativo, se dirigió dos días después a las plantaciones de Taylor, con el ánimo de comprobar la verdad de la noticia. ¡Su Aloma, la hija de la selva y del mar, la mujer que él quería sobre todas las cosas, sirviendo a uno de aquellos blancos de deseos inmóviles y perversos!

Acercóse cautelosamente a la casa de Roberto y lanzó contra la ventana abierta un agudo puñal.

Roberto estaba en su habitación y Aloma salió al exterior a investigar la causa de aquel mensaje poco tranquilizador.

Encontró a Nuitane que la miraba celoso.

—Esta vez no es más que una advertencia — le dijo —, pero si Aloma vive con ese blanco, el blanco no va a vivir mucho tiempo...

—No es verdad que viva con el señorito Roberto — protestó la muchacha—. Todas las noches voy a dormir a casa de mi abuelo...

—Si es así, voy a venir por ti todas las noches — dijo el joven.

Y desde entonces, cada noche, Nuitane fué a esperar en las cercanías de la plantación, a Aloma, pero cada vez más celoso, con mayores deseos de castigar al blanco que creía le robaba el corazón de la indígena.

Pasaron los días. Al cabo de unas cuantas semanas, Roberto se dió cuenta de que jamás un hombre se cuida tanto como cuando una mujer lo cuida.

La vida había vuelto a él, enrojeciendo su rostro, dando vigor y elasticidad a sus músculos delicados.

Volvía a ser otro hombre, dirigía las operaciones de recogida de los cocos, tenía un aire feliz, y hasta parecía haberse olvidado ligeramente de aquel amor de Silvia...

Taylor celebraba aquel estado favorable.

—Todo esto es obra de Aloma — explicaba Roberto—. Esta chica actúa en mí como un tónico que me rejuveneciese la sangre...

Y Taylor sonreía viendo la alegría de su amigo y el espíritu de felicidad con que Aloma cuidaba del joven... Sonrió al ver el lecho cubierto por un gran mosquitero, en que la mano de Aloma había puesto caprichosas cintas.

—¡Es bonito!

—Lo arreglé para hacer rabiar a los mosquitos — dijo Aloma.

Taylor vivía en otro caserón, y estaba satisfecho de ver el cambio que se había operado en Roberto... Este ya no bebía, y si el gobernador le hubiese visto, probablemente le habría autorizado para regresar al interior de la isla.

Salieron Taylor y Roberto a recorrer las plantaciones, y Aloma quedó en la casa, sintiéndose cada día más interesada por la compañía de su amigo...

Nuitane iba a buscarla todas las noches. Tenía que reprimir sus deseos de muerte y furor contra el blanco propietario de los servicios de aquella criatura... ¡Ah, Nuitane amaba a la mujer indígena con verdadera pasión y por ella sería capaz de todo! Aloma le calmaba, asegurándole que era simplemente su enfermera, su sirvienta...

—Es que nunca consentiré que le quieras — dijo él.

Y Aloma reía, sonriendo con sus ojos enigmáticos, en los que no podía adivinarse la verdad, si es que

estaba ya enamorada de Roberto, o seguía sonriendo complacida a las palabras de Nuitane.

Un día, varias muchachas de la isla llegaron a las plantaciones. Sus carnes brillaban al sol y sobre sus gargantas flotaban los collares de rosas.

—Venimos a buscar al señorito Roberto para ir a nadar — dijeron a Aloma.

Aloma las miró celosa, no queriendo que ninguna otra mujer se interesara por el señorito.

—Cuando el señorito Roberto quiere ir a nadar, va conmigo — les respondió.

—¡Miren la señorita Holden! — contestó una, burlona.

Ella enrojeció.

—En la isla lo dice todo el mundo — prosiguió la malévolamente muchacha—. ¡Quién sabe si algún día te casarás con él!

No pareció desagradarle a Aloma esta proposición y respondió, picaresca:

—¡Quién sabe!

Cuando sus amigas se alejaron, Aloma quedó pensando en aquellos rumores que corrían por la isla, y se sintió feliz. ¿Por qué no? El amor comenzaba a surgir en ella por el hombre blanco, culto, superior, que al revés de los otros de su raza, no osaba maltratarla, sino que tenía delicadezas, consideraciones de hombre galante y enamorado...



Aloma remendaba la ropa de su amigo Roberto. El la veía trabajar, y un día le dijo:

—Aloma. Dudo si una esposa podría cuidarme mejor de lo que tú me cuidas...

Ella sonrió, con sus grandes ojos puros.

—Las muchachas todas dicen que parezco tu mu-

jer — respondió—. A veces me dan unas ganas terribles de serlo.

La ingenua confesión de la muchacha hizo reír al hombre blanco. Y ella continuó, sencillamente, con una pasión sincera:

—Aloma ama al señorito Roberto... Y el señorito Roberto ama a Aloma...

Roberto la contempló, aturdido, admirando el cuerpo gentil y cimbrente de la indígena y recordando sus exquisitas atenciones.

—Aloma yo no sé lo qué sería de mí sin ti...

Y la enlazó por el talle y quiso estampar un beso en aquellos rojos labios, pero se detuvo. ¡No, no podía!... Francamente, le estaba muy agradecido a Aloma por cuanto había hecho por él... tal vez si su corazón estuviese libre, correspondería a aquel amor... pero ¡había la otra!... el recuerdo de Silvia...

La rechazó de pronto y dijo:

—Sería un salvaje si...

—¡Sélo!... ¡Yo quiero que lo seas! — respondió Aloma, con palabra aturdida, que en sus labios era inocente y en otros hubiera resultado pecaminosa.

—Aloma... ¡Si tú supieras! — murmuró él, tristemente—. ¡No puedo quererte!...

El tosco espíritu de la indígena adivinó un frustrado amor, y preguntó:

—¿Es que ama a otra muchacha el señorito Roberto?

El extrajo de un cajón una fotografía y se la enseñó a Aloma. Era el retrato de una blanca mujer y llevaba esta dedicatoria:

A Roberto con todo mi amor.

Silvia.

Ensombrecióse la expresión de Aloma. Y él la dijo:

—No podrá ser nunca mía... ¡Está casada con otro!

Una sonrisa triunfal iluminó a la muchacha.

—El señorito Roberto es un tonto en malgastar su amor por la mujer de otro hombre — dijo—. ¿Por qué no guarda su amor para una mujer que sea toda suya?



—*Aloma, yo no sé lo que sería de mí sin ti...*

—No es posible, Aloma...

Entró en la estancia Nuitane, con su sonrisa fría, que ocultaba la ferocidad de sus instintos.

Al ver que Aloma tenía ropa en la mano, murmuró:

—Nadie cose para Nuitane... Pero cuando Nuitane use ropa, entonces tal vez Aloma coserá por él,

Roberto tenía poca simpatía a este indígena que todas las noches acompañaba a Aloma hacia la casa

de su abuelo. Pero aquel día se había adelantado a buscarla. ¿Por qué?

La sirena de un vapor le distrajo y corrió a la ventana a contemplar el buque, que avanzaba hacia la isla.

—Es el "Ventura", que llega de San Francisco — dijo Nuitane. — Precisamente vine por eso... ¿Desea el señorito Roberto cruzar la laguna en la canoa de Nuitane para ver entrar el vapor que llega de San Francisco?

El sonrió. Pero Aloma, comprendiendo un fondo perverso en la intención del indígena, dijo:

—El vapor de San Francisco trae mucho licor y al señorito Roberto no le conviene... ¡Señorito Roberto, por Dios, no vaya!...

Nuitane la miraba con una expresión celosa... ¡Ah, maldita! ¿Es que adivinaba, tal vez, los celos que él sentía contra el hombre blanco?

—Aloma tiene razón, Nuitane — dijo Roberto. — No iré a tu lancha. Voy a estarme en esta plantación hasta que sea un verdadero isleño...

—Los blancos nunca serán isleños ni los isleños, blancos — respondió el indígena, amenazador.

Y salió de allí, negándose en lo sucesivo a acompañar a Aloma a su casa.

Cuando los dos quedaron solos, la muchacha se acercó a Roberto y le murmuró vencida por una pasión de amor.

—¿No ama un poco el señorito Roberto a Aloma? El, sonriente, turbado por aquella bella mujer, le respondió:

—¿No te estás olvidando de Nuitane?

—Nuitane es muy fácil de conseguir — dijo ella — y yo a quien amo es a ti...

Y se le ofrecía tan rendidamente que Roberto,

aturdido por el amor que brillaba en los ojos de la mujer indígena, la besó en mitad de los labios.

—Aloma — dijo —, no podré salir nunca de esta isla... Aquí me has hecho feliz... ¿Por qué no podemos serlo siempre los dos juntos?

Ella, emocionada, respondió, digna y noble:

—¿Será Aloma la esposa del señorito Roberto, lo mismo como si fuese una mujer blanca?

—Sí... te lo juro... mañana iremos a la Misión...

Y le entregó una sortija en prenda de amor...

Entretanto habían desembarcado del vapor "Ventura", Silvia y su marido, que fueron recibidos por Taylor, dirigiéndose todos a la casa que éste tenía en las plantaciones, donde pasarían la noche hasta el día siguiente, en que embarcarían a otras lejanas propiedades de Taylor.

Roberto se dirigió a los campos de trabajo, mientras Aloma iba a comunicar a sus amigas el fausto acontecimiento de su próxima boda para el día siguiente.

Van abandonó la casa de su pariente para visitar la isla, adelantándose a Taylor y a Silvia, que hablaban de graves asuntos. En el camino, Van encontró a algunas muchachas indígenas que le obsequiaron con flores y regalos.

Entretanto, Taylor y su sobrina paseaban también y la muchacha exponía amargamente las quejas que tenía contra su esposo:

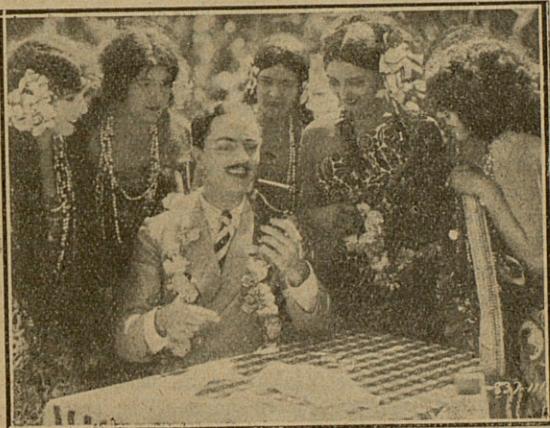
—Van es enteramente otro desde la muerte de Roberto — dijo ella —. Se dedica a la bebida, a las mujeres; es un jugador... ¡Me da una vida horrible!

—¡Ah, ese maldito hombre! Pero, ¿por qué habéis venido? No comprendo vuestro viaje a la isla — dijo su tío, temiendo un encuentro entre Roberto y Silvia.

—Me figuré que sacándolo de la compañía de sus

amigos de la ciudad, lograría tal vez cambiar sus costumbres...

Taylor quiso regresar a su vivienda, pero vieron a Van que, siempre dispuesto a toda clase de conquistas perseguía incansablemente a una mujer por la playa. Era Aloma.



...encontró a algunas muchachas indígenas...

Esta, rechazándole, entró en la casa de Roberto, seguida de Van; y Silvia, enfurecida por la conducta de su esposo, fué tras ellos, sin atender a las razones de Taylor, que no quería que ella visitase la casa donde vivía el hombre a quien creía muerto.

Van había arrebatado a Aloma una sortija... Al ver llegar a Taylor y a la blanca mujer, Aloma dijo:

—Este hombre me ha quitado la sortija que me dió el señorito Roberto.

Estas palabras causaron a Silvia una gran emoción. Un retrato de Roberto que había en la estancia, le reveló de un golpe toda la verdad.

—Tío — dijo extrañada, con los ojos llameantes—. ¿Por qué no me dijiste que Roberto vivía... y estaba en esta isla?

Taylor estaba anodado.

—¡Pobrecita! Yo no sé... no puedo contarte... ¡Vamos... vamos!

Van, entretanto, procuraba excusar su conducta, enormemente impresionado también por el anuncio de que Roberto vivía allí.

En aquel instante apareció Roberto Holden, que venía de las plantaciones. Los dos antiguos novios se miraron, asombrados, ella con un dolor profundo, intenso; él, sintiendo removarse el fondo de su herida de amor.

—Roberto... acabo de saber la verdad... ¿Por qué no me dijiste que vivías?

Y le miraba como para convencerse de que no era una ilusión aquella figura que tenía delante.

El sonrió tristemente y calló... ¡Hubiera tenido que acusar, que decir tantas cosas!...

Van tenía miedo, el miedo de todos los canallas que se ven cogidos en su mentira. Abandonó la estancia seguido de Taylor, que adivinaba que iba a ocurrir alguna tragedia.

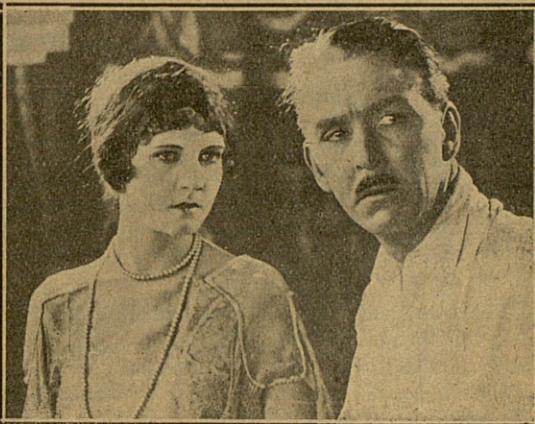
Aloma quedó en un rincón, convencida de que aquella mujer era la misma de la fotografía... ¿Quería arrebatársela ahora el hombre amado?

Roberto y Silvia comenzaron a hablar, bajito, con dolor de emoción.

—Roberto, ¿por qué me olvidaste? — murmuraba ella—. ¿Por qué no volviste a mi lado en todos estos años?

—Y tú, ¿por qué te casaste con Van? — preguntó él, severo.

—Lo hice por ti, Roberto... ¿No comprendes? Van había sido siempre tu mejor amigo y él me dijo que si se casaba conmigo era por cumplir tu



—Roberto... acabo de saber la verdad...

último deseo. ¡Si yo hubiera llegado a sospechar que tú vivías, no me hubiera casado!

Un mundo de sorpresas, de inquietudes, atenazaba a Roberto. Adivinaba la mano de la traición separándoles para siempre.

Calló mientras Silvia continuaba su queja:

—Van no me amaba — dijo —, y a su lado he sido muy desgraciada...

Aloma, que había escuchado la conversación, avanzó hacia ellos, excitada por los celos.

—¿Por qué no supiste esperar a Roberto antes? —dijo a Silvia—. ¡Ahora es mi hombre!

Silvia contempló sorprendida a la hermosa india y respondió:

—Tu hombre?

—Es verdad! — confesó tristemente Roberto, sintiéndose preso entre los dos amores—, el del pasado y el del día presente—. Mañana me casaré con Aloma.

Taylor, melancólico, temiendo que todo se descubriera y acabase en tragedia, volvió para llevarse a su sobrina.

Silvia se despidió fríamente de su amigo, pensando que él la había abandonado, sin osar comprender la triste realidad de lo sucedido.

Aloma quedó con Roberto y le ofrendó de nuevo sus besos de amor:

—Olvídalas para siempre. ¡Es de otro hombre! ¡Tú ya eres mío!

Y él la besó también pero sintiendo que su alma latía por la otra...

**

Al día siguiente, Taylor y su sobrina marcharon al otro extremo de la isla, pues iban a pasar unos días en las otras plantaciones que tenía el primero. Lo que deseaba Taylor era alejar a su sobrina de su antiguo novio.

Van, más tranquilo ya, seguro de que nunca se descubriría el engaño de que hizo víctima a Silvia, manifestó a su mujer que quería hablar con Roberto y que iría a reunirse con ella más tarde a la otra parte de la isla del Paraíso.

Deseaba volver a ver a Aloma, la hermosa india. Rondó la casa de Roberto, y convencido de que

éste no se hallaba en ella, atravesó sus umbrales al encuentro de la muchacha.

—Me alegro que esté sola la belleza del país — le dijo—. No quiero marcharme sin probar el gusto de sus labios...

—¿Te olvidas de tu hermosa mujer blanca?

—¡Deja a la mujer blanca! ¡A mí quien me interesa eres tú, reina mía!

Pero en aquel momento, Roberto apareció en la casa y separó brutalmente a Van de la muchacha.

Le señaló, enfurecido, la puerta. ¡Ah, el miserable! Después de haberle robado a Silvia con la mentira de que él le había aconsejado el casamiento, pretendía ahora besar a Aloma! ¡Si no fuera el marido de Silvia, le hubiera dado muerte!

—¡Deja a esta joven isleña — rugió — y vete con Silvia que es a quien amas!

Loco de pasión, Van respondió brutalmente:

—¿Amar yo a Silvia? ¡Tómala, si laquieres! ¡Ojalá te hubieses casado tú con ella!

—¡Miserable! — gritó Roberto—. ¿Es que no laquieres? ¿Por qué le dijiste que yo te había aconsejado que te casases con ella? ¡Vil! ¡Es este el pago que das a tu mentira?

—¡Calla, estúpido; sábelo todo de una vez — gritó Van, hastiado de su vida de matrimonio—, yo sabía que tú no habías muerto, recibí la carta de la enfermera y la rompí... Te robé a tu novia, ¡ja! — añadió con gesto brutal—, pero te la devuelvo. Ha perdido todo su encanto para mí. Ahora me gusta Aloma.

Aloma, en un rincón, escuchaba, horrorizada a los dos hombres.

—¿De modo que mentiste tan villanamente? — gritó Roberto, fuera de sí.

—¡Sí, y lo he confesado porque estoy harto de ti, de ella, de toda esta farsa maldita!

—¿Conque sabías que yo vivía y me la robaste? ¿A tu amigo, sabiendo que la adoraba locamente?

—Déjame, te la devuelvo, quedamos en paz.

—No, no... ¿Dónde está Silvia? ¡Dime!

—Ha ido a las otras plantaciones de Taylor. ¿Por quéquieres saberlo?

—Para que tú confieses tu mentira, tu infamia. ¡Traidor!

Y arrastrándole violentamente, rechazando a Aloma, salió con él, dispuesto a que Silvia supiera toda la verdad.

Para marchar al lugar donde estaban situadas las otras propiedades de Taylor, era preciso servirse de una de las canoas que hacían el servicio al otro lado de la isla.

Nuitane, que rondaba por los alrededores de la casa, celoso por la noticia que había recibido de que Aloma se iba a casar con Roberto, se acercó a los dos hombres y al saber que querían trasladarse al otro lado, les brindó arteramente su canoa.

—Allí está mi canoa para cruzar la laguna antes que descargue la tormenta — dijo.

El tiempo amenazaba tempestad. Grandes nubarrones se cernían sobre el mar.

—¡Vayamos inmediatamente!

Van se resistía a partir, temeroso, pero Roberto le obligó a embarcar en la lancha. ¡Miserable, miserable, a confesar la mentira para que quedara limpio de toda mancha el buen nombre de Roberto ante los ojos de aquella mujer!

Nuitane con una sonrisa trágica partió con ellos. ¡Dos blancos, admirable ocasión! Y uno de ellos era el hombre que debía casarse con Aloma... Seguramente no lo podría realizar.

Comenzó a llover, el mar rugió encrespado.

Desde su ventana, Aloma vió la canoa de Nuitane

surcar las aguas con aquellos dos hombres, y una sospecha trágica estremeció su cuerpo. ¡Nuitane, el vengativo, el indígena celoso! Y comenzó a correr hacia la orilla, pero ya la canoa había desaparecido en la lejanía, y la pobre Aloma comprendió, presintió, que jamás volvería a ver a Roberto. ¡Otro muerto! ¡Otro hombre caído para siempre! ¡Y era su amor, su ídolo!

Mientras tanto, la canoa de Nuitane cruzaba la laguna. El indígena escuchaba la violenta conversación que sostenían los dos blancos.

—Quédate — decía, tembloroso e indigno, Van — te doy a Silvia... No me gusta... la aborrezzo... Ahora quien me seduce es Aloma, esta es la que yo amo...

Un gesto de furor se dibujó en los labios de Nuitane. Otro hombre, otro pretendiente de la muchacha. ¡Pero también moriría como los otros!

Las nuevas palabras de Roberto le sorprendieron.

—Sí, me iré con ella — dijo Roberto—, con Silvia, mi primer amor... mi único amor. Ahora que comprendo lo infame y vil que eres, abandonaré la isla, dejaré a Aloma... y tú no lograrás atormentar más la existencia de tu mujer. Ella pedirá el divorcio y se casará conmigo.

Nuitane miró fijamente a Roberto sintiendo que sus celos amenguaban. ¿Amaba, pues, a otra mujer?

La tempestad aumentaba, las olas pasaban sobre la canoa y, de pronto, Nuitane quitó un tapón del fondo del barco y el agua invadió su interior, hundiendo la lancha en pocos momentos...

Un ¡ay! unos gritos de sorpresa y de horror se escucharon en la inmensidad gris... Los tiburones volteaban ya su presa... Surgieron un instante unos cuerpos angustiosos entre las negras olas del mar...

Y de pronto se vió luchar desesperadamente a Nuitane que sostenía a un hombre...

*

**

Al otro día, habiendo amainado la tempestad, Aloma, horrorizada, marchó a las lejanas plantaciones de Taylor. Se dirigió al encuentro de Silvia que estaba extrañada por la inesperada tardanza de su marido. La bailarina le explicó entre sollozos:

—El señorito Roberto cruzó la laguna durante la tormenta con el esposo de la mujer blanca, en la canoa de Nuitane...

—¡Oh, Dios mío, tal vez se hayan ahogado! — gimió la muchacha—. Pero, ¿por qué vino también Roberto?

—El señorito Roberto descubrió que el esposo de la mujer blanca supo siempre que no había muerto en la guerra — dijo—. Y estaba muy furioso. Quiiso traer al esposo de la mujer blanca aquí para que se lo contase todo...

Silvia escuchó, horrorizada, aquellas palabras. ¡Dios mío!

Todo lo comprendió y Taylor, conmovido, le contó la verdad. Sí, Van la había traicionado, él sabía, antes de casarse, que Roberto vivía.

—¡Es mi castigo! — gimió Silvia, desesperada—. Y ahora habrá muerto, aniquilado por la tempestad. Pero... no es posible... él ha de vivir... ha de vivir... ¿por qué no está aún aquí? ¡Oh, ese Van, yo no puedo quererle! ¡El miserable, no le amo, no le amo!

Aloma la miraba con odio.

—¿Por qué viniste a nuestra isla? — le dijo—. Mi amor hizo fuerte y feliz al señorito Roberto... El tuyo lo arrastró a la muerte... porque muchos

blancos han querido cruzar la laguna en la canoa de Nuitane, mas ninguno de ellos lo ha conseguido...

Ahora lloraban las dos, cada una por Roberto, con una desesperación de enamoradas.

Y de pronto vieron en la lejanía un grupo numeroso de hombres entre los que estaba Nuitane.



—El señorito Roberto cruzó la laguna durante la tormenta...

Silvia y Aloma corrieron hacia él.

Aloma le interrogó angustiada, con la mirada, y él, severo y duro, explicó:

—Los tiburones se los tragaron... Roberto encontró lo que se merecía por pretender casarse con una muchacha isleña...

Silvia rompió a llorar y Aloma, arrodillándose, alzando los ojos, gimió con una esperanza suprema:

—¡Oh, Dios de los cielos, no permitas que eso sea

verdad! ¡Si me devuelves a mi señorito Roberto, te prometo que no volveré a amarlo en mi vida!

Y alzándose, preguntó a Nuitane:

—Dime que eso no es verdad, que él vive, que él vive...

—¿Qué culpa tengo yo si vi una ola y volteé mi canoa? — contestó el indígena—. La tempestad era grande. Mi barca quedó destruida.

—¡Mientes! Tú mataste al señorito Roberto; tú mataste también al otro. ¡Oh, señorita Silvia, qué dolor!

Silvia lloraba, horrorizada por la desaparición de los dos. ¡Roberto y Van, el hombre noble y bueno y el que la había engañado miserablemente!

Nuitane contempló a aquella mujer blanca y luego dijo, comprendiendo que era por la que se disputaban los dos rivales:

—¿Verdad que la hermosa mujer blanca amaba al señorito Roberto?

Silvia calló, pero su cabeza hizo un gesto afirmativo. ¡Era su primer amor!

—Si es verdad que la hermosa mujer blanca amaba al señorito Roberto, es posible que el señorito Roberto no haya muerto ahogado en la laguna... — añadió Nuitane, con extraña entonación, sintiendo revivir la esperanza.

Ellas le miraron sintiendo renacer la esperanza.

—¡Aloma! — dijo Nuitane, con severidad—. Te escuché hace poco hacer una promesa. Que no volverías a amar en tu vida al señorito Roberto. ¿Cumplirás tu promesa?

Aloma se echó a llorar. ¡Dios, aquellas palabras! ¿Es que Roberto vivía?

—Aloma — siguió diciendo Nuitane—, el señorito Roberto la ama a ella... El mismo me lo dijo. ¿Renunciarías a él si viviese?

—¡Sí, sí! — gimió la muchacha indígena.

—Pues espera...

Silvia y Aloma le vieron partir mudas de admiración. ¿Qué iba a hacer aquel hombre?

Media hora después volvió acompañado de un hombre: Roberto Holden...

—¡Vivo? ¡Oh, Roberto! — gimió Silvia.

—¡Roberto! — gritó Aloma, apenada.

Roberto acarició el rostro de las dos mujeres que influían en su vida y les dijo:

—Fué Nuitane quien luchó con los tiburones y me llevó a salvo a la playa.

—¿Y Van? — preguntó Silvia, interesándose por aquel malvado que después de haberla traicionado pagó su amor con la ingratitud.

—No me fué posible salvárt a los dos hombres — respondió, enigmático, el indígena—. El otro se ahogó...

Cerró los ojos un instante para evocar el pasado. Había abandonado a Van, porque escuchó en la barca, de sus propios labios, que quería a Aloma.

Silvia lloraba y la muchacha indígena miraba dolorida a Roberto. Era esclava ya de la promesa hecha; no podía volverse atrás.

Roberto acercóse a Silvia. Su mano acarició sus cabellos. ¡Pobrecita!

Y Nuitane habló::

—La mujer blanca para el hombre blanco — dijo—. La trigueña para el trigueño. ¿No es justo lo que propone Nuitane?

Calló mientras Aloma miraba el grupo que formaban Silvia y Roberto. Y ella dijo, con una resignación melancólica, comprendiendo la realidad, ahogando el último grito de amor en su corazón:

—La tormenta purifica la atmósfera y aclara mu-

chas cosas obscuras. Ahora comprendo que estaba equivocada.

Y dirigiéndose a Roberto con un gesto de renunciación, le devolvió la sortija que él le entregara un día y le dijo:

—Nuitane me amó siempre... Tú amaste siempre a la mujer blanca... Hoy Aloma se siente orgullosa de Nuitane...

Y es que agradecía al indígena con toda su alma que hubiese salvado la vida de Roberto. ¡Esto era lo importante! Ella, Aloma, acallaría los sentimientos de su corazón y procuraría hacerse digna del amor de Nuitane.

Se alejó con el indígena, mientras Roberto consolaba a Silvia, a la mujer que era su único amor, y al ver partir a la otra, Roberto comprendió su sacrificio... ¡Alma buena, adiós! Si no fuera por Silvia la hubiese amado. Ahora, todo lo impedía! No podía casarse ya; estaba la otra... la blanca... la eterna...



Y unos días después un vapor partía hacia América, llevándose a bordo a Taylor, Silvia y Roberto Holden... Estos se casarían al llegar a San Francisco, olvidando los días dolorosos de separación...

En la Isla del Paraíso, una mujer trataba de olvidar. Se iba a casar con Nuitane, el indígena, bravo, celoso. Poco a poco sentíase rendida por el hombre que salvó la vida de Roberto. ¡Sí, no había remedio! ¡Cada raza a su amor! Aloma, la hija de la selva y del mar, sólo podía ser de Nuitane...

Próximo número :

El vigoroso asunto

EL ÁGUILA DEL MAR

por Florence Vidor,
Ricardo Cortez,
Sam de Grasse,
André Beranger,
y Mitchell Lewis.

DON JUAN y NOCHE NUPCIAL

por John Barrymore y Lily Damita,
respectivamente, son los dos últimos grandes
éxitos de Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

Ediciones BISTAGNE

Próximamente : LA MARIPOSA DE ORO,
por Lily Damita
BEAU GESTE, por Ronald Colman

E N B R E V E
ALMANAQUE
de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA para **1928**

Hágaselo reservar de antemano por su librero

